

Julian Jackson, *A Certain Idea of France: The Life of Charles de Gaulle*, Londres, Allen Lane, 2018, 928 pp.

GREY ANDERSON

LA EXCEPCIÓN FRANCESA

Ningún estadista europeo del último siglo disfruta de una reputación tan eminente en su tierra natal como Charles de Gaulle. Sus contemporáneos, Adenauer y MacMillan eran, en cambio, figuras mediocres. Una figura intensamente divisiva durante su vida, la estrella del General empezó a ascender en la década de 1980. El centenario de su nacimiento en 1990 señaló la consolidación de un consenso glorioso, que se extendía por todo el espectro político y que consagró con pompa académica el Institut Charles de Gaulle de Pierre Lefranc, que organizó un congreso internacional de una semana inaugurado con una misa en Nôtre Dame. Las décadas siguientes han ratificado esa impresión, confirmada tanto en ritos oficiales como en la cultura popular y en los cenáculos de la opinión pública. Este embalsamamiento conmemorativo plantea sus propios desafíos a los estudiosos. Todo biógrafo de Gaulle debe enfrentarse con el crecimiento de un mito personal, fraguado en primera instancia por el propio interesado. Aquí radica la imagen de Épinal del la *Connétable* [condestable] de Francia, de la Casandra de la crisis de entreguerras, del redentor de la Francia derrotada y del arquitecto de la república moderna.

Como observaba el historiador británico Julian Jackson una década después de las efemerides de 1990, una de las peculiaridades de la canonización de de Gaulle era su cuasi perfecta coincidencia con el declive de una versión del pasado que él había ayudado mucho a solidificar. La Ocupación, la Resistencia y la Guerra de Argelia han sido todas ellas sometidas a una

reevaluación vertiginosa en los últimos años, que busca erosionar, cuanto no demoler, los dogmas fundamentales del gaullismo, a la vez que se ha prestado una nueva atención a los periodos turbios de la propia actividad del General, desde el fiasco del *Rassemblement du Peuple Français* (RPF) de la posguerra hasta el prolongado fin de partida en el Norte de África. El embellecimiento del mito se ha producido al compás del desprestigio historiográfico. Jackson vuelve sobre esta paradoja en su nueva biografía de de Gaulle, que parte de un breve libro que publicó en 2003. El resultado despliega las virtudes en lo que respecta a la composición literaria, que caracteriza a las obras anteriores del autor sobre la década de 1930, la Ocupación y la vida homosexual en Francia tras la Segunda Guerra Mundial, un prestigioso cuarteto de estudios que destaca por sus dotes de síntesis.

Nutrida con materiales de archivos recientemente desclasificados y con la consulta de una prodigiosa producción académica ya existente, *A Certain Idea of France* se integra en un campo muy poblado. Solamente Napoleón ha atraído más atención por parte de los biógrafos franceses. Dominando sobre el resto se encuentra la obra en tres volúmenes de Jean Lacouture (1984-1986). A esta le siguen un sinfín de contribuciones provenientes del exterior, especialmente *de Gaulle e il gaullismo* (2003), firmada por el senador italiano de derechas Gaetano Quagliariello, y *The General*, del periodista británico Jonathan Fenby (2010). Además de la biografía de Lacouture, Jackson cita las sobresalientes biografías de Paul Marie de La Gorce (1999) y Éric Roussel (2002). Comparables en longitud (cada una de ellas ocupa algo más de mil páginas, una tercera parte de la trilogía de Lacouture) estas obras llegan a conclusiones opuestas, en línea con las afinidades de sus autores: un gaullismo de izquierdas, en el caso de La Gorce, combatiente de la Resistencia y colaborador veterano de *Le Monde diplomatique*, así como una admiración inspiradora por el descolonizador y por el adalid de los no alineados; un conservadurismo euroatlántico en el caso de Roussel, que entrega un veredicto algo más negativo. Jackson propone una perspectiva a la vez desprovista de encono y de idolatría; aunque su contribución no busca una reevaluación radical, sí registra con fidelidad los temblores que sacuden la armonía de los mausoleos.

Nacido en Lille el 22 de diciembre de 1890, de Gaulle pasó sus primeros años en medio de la «melancolía militar» del séptimo *arrondissement* de la capital francesa, flanqueado por los Inválidos y la Escuela Militar. Descendiente por parte de madre de la burguesía del norte, industriales ricos con parentesco irlandés, la rama paterna pertenecía a la *noblesse de robe* menor, una familia culta parisina cuya fortuna se encontraba en declive. Ambas familias eran estirpes profundamente católicas, hostiles a los valores seculares de la Tercera República. Educado primero por los Hermanos de las Escuelas Cristianas y después por los Jesuitas, de Gaulle absorbió el nacionalismo romántico y

vitalista de su época: Bergson, Péguy, Barrès. Se matriculó en Saint-Cyr en 1908 y tras la graduación se unió a un regimiento de infantería en Arras, bajo el mando de Philippe Pétain. El joven teniente saludó con satisfacción el estallido de la Primera Guerra Mundial, alabando una atmósfera de «impulso unánime». Sobrevivió a las hecatombes de Champagne y Verdún, fue herido y capturado por las fuerzas alemanas en Douamont en 1916 y pasó el resto de la guerra como prisionero de guerra. Aunque dolido por no haber jugado un papel más importante en la victoria de Francia, ello no resultó ser un obstáculo para la siguiente promoción. Fue ayudante en el séquito personal de Pétain y, después de un interludio en Levante, se incorporó al Secretariado del Consejo Nacional de la Defensa, en el corazón de las relaciones entre civiles y militares y de la planificación de la defensa.

Esos fueron los años que contemplaron la expansión del ámbito intelectual de de Gaulle, con su entrada en el círculo de oficiales intelectuales y de pensamiento independiente, que se reunían en torno a Émile Mayer, modernizador del ejército y antiguo dreyfusista. Mayer destacó por primera vez en tanto autor de *Vers l'armée de métier* (1934), un panfleto programático que pedía la reforma y la mecanización de las fuerzas armadas. Jackson describe «el ideal político» de de Gaulle en esta época como una combinación de «autoritarismo gestor y liderazgo carismático». Comedido en la época del Frente Popular, rechazó la idea de un pronunciamiento basado en el modelo español y se distanció del conservadurismo dominante francés por razones nacionalistas, apoyando el pacto franco soviético y abominando de Múnich. Cuando las fuerzas alemanas invadieron Francia cruzando el Meuse en mayo de 1940, los tanques del coronel de Gaulle libraron tres valientes pero infructuosos contraataques contra la Primera división Panzer. De vuelta en París, recién ascendido al rango de brigadier-general, se incorporó al gabinete de Paul Reynaud como subsecretario de Estado para la Defensa, presionando incansablemente pero en vano para que el general Weygand fuera despedido y para que se hicieran planes para una retirada a un reducto bretón. Diez días más tarde, estaba exiliado en Londres.

A pesar de las acumulaciones de fábulas y propaganda, la salida de de Gaulle de Francia el 17 de junio sigue siendo una acción sorprendente. Sin duda muy pocos escucharon la retransmisión de su discurso del día siguiente, atacando la decisión de Pétain de buscar un armisticio, pero Jackson tiene sin duda razón cuando dice que eso no es lo importante. La audacia del 18 juin proporcionó una garantía para mucho de lo que vino a continuación. Su augurio, no obstante, aún estaba por producirse. La visibilidad de los monárquicos entre el pequeño número de oficiales que se unieron a él y la fachada reaccionaria del servicio de inteligencia en Passy eran motivos de preocupación. Churchill personalmente presionó a de Gaulle para que dispusiera los rumores sobre sus «opiniones fascistas». de Gaulle no varió

de rumbo hasta 1942, motivado por la creciente influencia comunista en la neonata Resistencia interna. «Traicionada por sus élites y por sus clases privilegiadas, estamos viviendo la mayor revolución de la historia de Francia», anunció en un discurso radiofónico emitido ese mes de abril. «Su agonía secreta está creando una Francia completamente nueva cuyos líderes serán hombres nuevos [...] una Francia en revolución, que siempre preferirá ganar una guerra con el general Hoche que perderla con el mariscal Soubise».

Jackson ofrece un retrato memorable de la personalidad de de Gaulle durante los años de la guerra, cuando su intransigencia y gusto por la confrontación estaban totalmente a la vista. Voluble, vengativo y propenso a violentas fanfarronadas, el líder de la Francia Libre podía ser también un oyente atento. Nunca temeroso de morder la mano que le alimentaba, el resentimiento de de Gaulle ante los planes británicos en Siria y Líbano inquietaba a sus interlocutores. En Argelia, en 1943-1944, de Gaulle transformó con éxito el improvisado Comité de Liberación Nacional en un Estado latente. Manióbró con astucia para garantizar la participación francesa en la reconquista del continente y dejó fuera a los comunistas, anticipándose al espectro del poder dual y liderando así una Liberación triunfante. Una vez pasada la fanfarria de la victoria, la reconstrucción de la posguerra le reservó un papel menor al general. Desbaratados sus proyectos de reforma constitucional por un parlamento dominado por la izquierda y frustrado por el renaciente sistema de partidos, dimitió de la jefatura del gobierno en enero de 1946, solamente dos meses después de las elecciones legislativas. En privado parece que le decepcionó que su gesto no suscitara una respuesta más apasionada. «Día histórico», apuntó el veterano diputado comunista Marcel Cachin. «Nos hemos librado de de Gaulle sin asustar a la población».

Su salida del poder y las frustraciones de finales de la década de 1940 fueron el resultado de una deplorable combinación de errores de juicio y de oportunismo. El Rassemblement du Peuple Français (RPF) de de Gaulle intentó aprovecharse del recrudescimiento de los frentes de la Guerra Fría mediante una apelación apocalíptica al anticomunismo. Sin embargo, tras un buen resultado inicial, el partido se vio enseguida superado por la coalición Tercera Fuerza, liderada por los socialistas. Pronto quedó claro que, si quería recuperar el poder, el camino no pasaría por las urnas bajo circunstancias normales, sino que se necesitaría una crisis nacional. En 1953 anunció el fin efectivo del RPF pidiendo a sus miembros, no obstante, que estuvieran preparados para actuar «si la ocasión se presentaba», añadiendo que «esta ocasión corre el peligro, desgraciadamente, de presentarse bajo la forma de una grave convulsión» (el «desgraciadamente» fue una sugerencia de Georges Pompidou). Los biógrafos de de Gaulle han dedicado relativamente poco espacio al intervalo transcurrido entre el derrumbe del RPF y la crisis de la Cuarta República y Jackson sigue este modelo. Después de

trecientas páginas sobre la Segunda Guerra Mundial, los doce años posteriores a 1946 ocupan escasamente una quinta parte. Pero, en cualquier caso, sí se reevalúa la *traversée du désert*. La imagen de de Gaulle como profeta de la Quinta República, en las palabras de la politóloga Brigitte Gaiti, es fallida por partida doble. Su pensamiento constitucional eran más banal y más flexible de lo que normalmente se supone y su prognosis catastrofista de un colapso institucional menos segura. Mientras mantenía un silencio público ante los enfrentamientos de Suez y las tensiones que se transmitían a través del Mediterráneo, de Gaulle seguía bien informado por Olivier Guichard y por el secretario general del RPF, Jacques Foccart, *fidèles* vigilantes al acecho de la anticipada «convulsión».

La oportunidad se presentó en Argelia. El 13 de mayo de 1958 las protestas de los colonos precipitaron la toma del poder de la capital argelina, donde los oficiales proclamaron la creación de un Comité de Salud Pública. Pidieron que el primer ministro democristiano, Pierre Pflimlin, dimitiera y que se formara un nuevo gobierno bajo la dirección de de Gaulle, que publicó una declaración anunciando su disponibilidad para «asumir los poderes de la República». A finales de ese mes, bajo la amenaza de un inminente ataque de paracaidistas sobre el Palais Bourbon, el parlamento capituló y votó su investidura como el último presidente del Consejo de la Cuarta República. Esta extraordinaria secuencia de acontecimientos, en los cuales los próximos a de Gaulle estuvieron estrechamente implicados, tanto en el fomento de la insurrección como en la prolongación de la tensión requerida, ha sido siempre un momento embarazoso para la ortodoxia gaullista. Odile Rudelle, autora de la historia canónica, se siente en la necesidad de dedicar la primera parte de su estudio a establecer las credenciales republicanas de de Gaulle y su deuda intelectual con Guizot y Tocqueville, un linaje que desconfía de la democracia de masas, pero respeta sus demandas, trazando una comparación dudosa con George Washington. Los historiadores posteriores han tendido a conceder que de Gaulle hizo todo lo que estaba en su mano para garantizar que el proceso, como escribe Roussel, «no quebrantara realmente la legalidad».

Jackson es menos equívoco. El 13 *mai* fue de hecho el 18 Brumario de de Gaulle (Lacouture buscaba un término medio en el *septidi* del calendario republicano), un «*coup de état legal*» que recuerda la votación parlamentaria que concedió poderes plenipotenciarios a Pétain. Es prácticamente seguro que si los legisladores se hubieran resistido, el general hubiera estado dispuesto a asumir el poder por la fuerza de las armas. La elisión de este asunto en las historias, que pasan de puntillas por la crisis de mayo y el turbulento verano de 1958 hasta la proclamación de la Quinta República ese mes de octubre, refleja el deseo del fundador del régimen de dissociarse él mismo de su sórdido nacimiento. Investido con la condición de que recibiría poderes plenipotenciarios para gobernar por decreto, de Gaulle publicó más

de trescientas ordenanzas en su estancia de seis meses en Matignon, un estallido de energía semejante al principio del Consulado napoleónico. La constitución, redactada a toda prisa y en un secretismo casi total, entronizaba una degradación dramática del parlamento en favor de un ejecutivo bicéfalo, que preveía el incremento de los poderes presidenciales. Una ley electoral revisada, que abolía la representación proporcional, ayudaba a garantizar una sonora victoria de la Union pour la nouvelle République gaullista.

Para la izquierda, la llegada de la Quinta República resultó ser una derrota que produjo una profunda desorientación. Cómo interpretar al propio de Gaulle planteaba otro dilema. El PCF rápidamente lo etiquetó como «la pasarela al fascismo», cuando no lo tildaba directamente de fascista, señalando más que parecidos circunstanciales con Franco o Salazar. Las corrientes heterodoxas, en lugar de ello, subrayaron las contradicciones que separaban a de Gaulle de los *pièds noirs* y de las facciones militares que habían abierto la vía de su regreso, ellas mismas producto de contradicciones más amplias existentes entre los sectores más desarrollados del capitalismo francés y una coalición formada por la pequeña burguesía, los pequeños propietarios rurales y los intereses coloniales, colectivamente amenazados por la modernización y la competencia internacional. «¿No se parece el consejo de ministros de de Gaulle –se preguntaba el comunista italiano Lucio Magri en una valoración premonitrice– más al de Eisenhower que al de Mussolini? Los observadores más agudos de la izquierda discernían un fenómeno bonapartista, que surgía de la incapacidad de las diferentes fracciones de la clase dominante de producir un líder capaz de actuar a favor de la clase en su conjunto. «Los capitalistas parisinos, los terratenientes de Argelia [...] –escribía Sartre en la víspera del referéndum constitucional de 1958– [...] No estoy diciendo que esta gente se lleve bien entre sí: por el contrario, el general de Gaulle debe ser entendido como su campo de batalla y la Constitución como el *locus* geométrico de sus contradicciones».

Jackson, que en otros momentos ha escrito con acierto sobre las variedades del antigaullismo, se ocupa de las interpretaciones contemporáneas en unas escasas páginas, optando en ellas por la metáfora. Las luchas entre las diferentes fuerzas sociales para imponer sus intereses a de Gaulle cristalizaron en torno a tres campos de disputa: la descolonización, la reforma interna y los asuntos exteriores. La complejidad de los temas empujó a Lacouture y La Gorce a adoptar una organización temática; Jackson sigue el ejemplo de Roussel y procede cronológicamente, con la excepción de un capítulo dedicado exclusivamente a Argelia. Pero cada cuestión puede evaluarse sucesivamente. La Guerra en Argelia trajo a de Gaulle de vuelta al poder y su conclusión tiene un importante papel en el cómputo de sus logros, animando a algunos a atribuirle una anticipación profética del final del gobierno colonial que se remonta a la Conferencia de Brazzaville de 1944.

Esta construcción retrospectiva se puede despejar fácilmente; de Gaulle era agudamente consciente del significado simbólico y estratégico de las posesiones francesas de ultramar, un tema vital en la campaña del RPF. Las luminarias gaullistas Michel Debré y Jacques Soustelle se contaban entre los más fieros defensores de la Argelia francesa en los últimos años de la Cuarta República y gracias a esta idea el ejército francés –en buena medida vichista de corazón, dolido por las purgas y por la integración del Ejército de la Francia Libre– se inclinó por de Gaulle en 1958.

Una vez se firmaron los Acuerdos de Évian, en marzo de 1962, tanto los colonialistas furiosos como los gaullistas de izquierda sostuvieron que de Gaulle se había inclinado por la independencia desde el principio, una tergiversación que se adscribía, de manera acorde a la ideología que la pensaba, a una traición calculada o a una precaución astuta. La historiografía sobre la diplomacia estadounidense de la era de Eisenhower ha destacado en cambio las presiones de Estados Unidos para que Francia se retirara del Norte de África, donde su presencia se había acabado por considerar un impedimento para establecer bastiones fiables contra el comunismo. Los biógrafos, en su mayoría, han optado por una posición de equidistancia, considerando que de Gaulle estaba convencido de que el dominio francés no podía continuar como hasta entonces, pero también de que se podría encontrar una solución que no pasara por la independencia. Jackson defiende que de Gaulle se mantuvo fiel a esta idea un poco más tiempo del que normalmente se piensa, al menos hasta la primavera de 1960, el mismo año que los Estados miembros de la Comunidad francesa en el África subsahariana proclamaban su independencia. Cuando las negociaciones en Évian concluyeron, la guerra no declarada en Argelia llevaba arrastrándose casi ocho años, la mitad de ellos bajo el mandato de de Gaulle. Poco quedaba de las concesiones sobre las que Francia había insistido en las rondas previas de conversaciones y el drama que se había desarrollado en los años transcurridos –insubordinación militar culminada en un golpe abortado, masacres policiales en las calles de París, una ola de terrorismo de extrema derecha– pone el listón muy alto para defender que solamente el gradualismo evitó una guerra civil total. «El logro de de Gaulle –concluye Jackson– no fue tanto haber “concedido” la independencia como haber convencido a la gente de que eso era lo que había hecho».

El final de la guerra aclaró el camino para la acción en otros frentes. Internamente, de Gaulle recurrió a Pompidou para reemplazar a Debré, aplastado por la rueda de Argelia y ya innecesario como baluarte contra los pretores inquietos. La elección del primer ministro, un banquero sin experiencia en cargos electos ni pasado en la Francia Libre o en la Resistencia, ligado al jefe del Estado por lazos de lealtad personal, señaló una consolidación más profunda del Elíseo. Pillado a contrapié en las elecciones de 1965,

donde Mitterrand le forzó a la segunda vuelta, el presidente se mostró ágil aprendiendo de sus errores. Al contrario de las percepciones arduamente cultivadas de un árbitro olímpico, indiferente a las maniobras y tratos partidistas, de Gaulle era un adicto de la política, con un conocimiento al detalle de los caciques locales, de las listas y demarcaciones, digno de los fontaneros entre bambalinas de la *República des notables*. Las relaciones públicas eran otro de sus puntos fuertes. El septuagenario oficial captó el potencial de la televisión, que consumía con avidez. En 1968, más de la mitad de los hogares franceses poseían un aparato de televisión (comparando con el 7 por 100 de la década anterior) en el que podían contemplar las barrocas y bien sujetas a guión conferencias de prensa de de Gaulle: encogiendo los hombros, suspirando y golpeando la mesa bajo la luz de los focos. Un entusiasta del nuevo medio, despreciaba la prensa y se enojaba con quienes presionaban para que aflojara el control estatal, que su propio ministro de Información comparaba con las condiciones prevalecientes en esos momentos en el bloque del Este o en las dictaduras militares latinoamericanas.

La modernización económica fue otro de los pilares de la retórica gaulista. Ni el estilo ni el contenido fueron una invención de de Gaulle, pero la aurora de la Quinta República consagraba a los expertos y a los *hautes fonctionnaires*, que harían su fortuna. Empoderados por el *aggiornamento* de 1958 y por la debilidad de la voz del parlamento, estos tecnócratas se embarcaron en una serie de proyectos ambiciosos, alentados por una década de expansión demográfica y de crecimiento sin precedentes. Empezando con el plan Pinay-Rueff, un paquete estricto de medidas de austeridad introducido a finales de 1958 para encauzar el déficit presupuestario y satisfacer las condiciones impuestas por el Tratado de Roma, de Gaulle supervisó una catarata de reformas: abolición de la indexación de precios, concentración de la producción agrícola —el fin del campesinado, una revolución histórica en las relaciones entre el campo y la ciudad— y fuertes inversiones en los sectores atrasados como el transporte y las telecomunicaciones, acompañado de la subida del gasto de consumo y el incremento de productividad industrial.

«Ahora tenemos que centrarnos en Europa», había comunicado de Gaulle a su gobierno, reunido para debatir los Acuerdos de Évian. La hostilidad al supranacionalismo y el desprecio por los evangelistas de la unificación no evitó una activa política hacia el Mercado Común. «Dante, Goethe, Chateaubriand, todos pertenecían a Europa en la medida en que eran respectiva y principalmente uno italiano, otro alemán y el último francés», había dicho. «No habrían sido de mucha utilidad a Europa si no hubieran tenido un Estado propio y si hubieran escrito y pensado en algún tipo de esperanto o *volapük*». La política de riesgos calculados durante la crisis de la «silla vacía» de 1965, que agravó las tensiones ya existentes con el sucesor de Adenauer y que le supuso el riesgo de enfrentarse con los campesinos franceses en los meses previos a

las elecciones presidenciales de ese año, demostró su decisión de enfrentarse a las extralimitaciones de Bruselas. En lo que a la entrada británica dentro de la CEE se refiere, el líder francés acertadamente preveía un «caballo de Troya» estadounidense. La sumisión de los británicos ante su aliado atlántico era una constante fuente de estupor para de Gaulle.

Un aspecto mucho más conocido es que la independencia nacional y la búsqueda de una distensión en la Guerra Fría marcaron una frenética agenda internacional. Poco tiempo después de asumir el cargo, en septiembre de 1958, de Gaulle dirigió un memorando a las potencias anglosajonas sobre el tema de la reforma de la OTAN, construido como una propuesta de mando tripartito. Meses más tarde, retiró la flota francesa mediterránea del mando de la OTAN. Proclamando el imperativo de la autoridad soberana sobre la defensa nacional francesa, el modelo de de Gaulle se ligaba estrechamente a la adquisición de armas nucleares, que Estados Unidos ya había concedido a Gran Bretaña. Los preparativos para la bomba francesa eran anteriores a su presidencia, pero fue él quien tomó la decisiva elección de tener un arsenal independiente. A lo largo de la década de 1960, de Gaulle incumplió la voluntad de Washington y, a menudo, exhibió su independencia en el Quai d'Orsay: rechazó la Fuerza Multilateral de Kennedy en 1963; reconoció diplomáticamente a la República Popular China al año siguiente; criticó la guerra de Estados Unidos contra Vietnam, calificó al sistema de Bretton-Woods de exorbitante privilegio y, en 1966, retiró a su país del mando integrado de la OTAN. En Francia, estas políticas tenían un amplio apoyo popular, aunque los atlantistas liberales lamentaran el nacionalismo y los gestos ampulosos del presidente. Así lo hacía François Furet, cubriendo la gira arrolladora de de Gaulle en 1964 por América del Sur en las páginas de *France Observateur*, que se mofaba de los temas de la *latinité* compartida y la unión contrahegemónica frente al gigante yanqui: «de Gaulle se ha convertido en el vendedor ambulante del resentimiento popular “*contre les gros*”, en una especie de Poujade planetario».

Los historiadores de la diplomacia gaullista se han dividido en dos campos. Maurice Vaïsse, decano de la ortodoxia francesa, logró un balance ambivalente pero adecuadamente respetuoso: descolonización, independencia nuclear, exclusión del Reino Unido del Mercado Común y el lustre de la imagen de Francia en el Tercer Mundo se pueden contar entre los logros. En el otro lado de la balanza, el fracaso a la hora de apartar a Alemania de su vasallaje a los planes descarados de Estados Unidos frustró los planes más audaces de construir una «Europa de naciones» independiente. Otra escuela de pensamiento, bien representada por la investigación académica estadounidense, devuelve una imagen claramente negativa, rechazando la idea de que de Gaulle poseyera una política exterior coherente en absoluto, sino por

el contrario una mezcolanza de bravatas y arrebatos contraproducentes. El propio Jackson nos ofrece un juicio a la baja:

En último término, de Gaulle no había logrado ni una reorganización de la Alianza Atlántica ni una organización política de Europa en torno a una política común de defensa. Había mantenido a los británicos fuera de Europa, pero los estadounidenses habían vaciado de contenido la alianza franco-alemana. Todos los diversos «*grand designs*» se habían anulado mutuamente.

Según esta opinión, a pesar de todos sus anatemas contra «Yalta», de Gaulle se encontraba más cómodo con el *statu quo* de la Guerra Fría de lo que admitía. Aunque Jackson matiza la afirmación de Aron de que la diplomacia gaullista era todo fachada, la diferencia es de tono, no de contenido; cita aprobadoramente el retrato que Kissinger hacía de de Gaulle, que quería ser un elogio, como un «ilusionista». «De Gaulle había intentado actuar en dos pistas –escribe Jackson–, la de las grandes potencias y la de Europa, pero Francia no era lo bastante grande para la primera y era demasiado desmesurada para la segunda».

La conclusión, que se hace eco del historiador monárquico Jacques Bainville, anticipa a la melancolía de los últimos años de de Gaulle en el cargo. Enfrentado a la insurrección estudiantil y a la ola de huelgas de mayo de 1968, adoptó una línea dura, convenciendo a sus ministros de la necesidad de disolver a los manifestantes con mano de hierro. Su vuelo del 29 de mayo a los cuarteles generales del ejército francés en Baden Baden (Alemania), descrito por Jackson como «el día más extraordinario de la carrera de de Gaulle», demostró ser un último golpe para robar el protagonismo, incluso si su desazón era mucho más sincera de lo que los lavados de cara posteriores se permitían confesar. Disuadido por el general Massu de convocar al ejército para aplastar el levantamiento, de Gaulle reapareció al día siguiente en París, donde una inmensa manifestación progubernamental –la más grande de mayo– descendía por los Campos Elíseos, en un despliegue que presagiaba el triunfo aplastante del gaullismo en las elecciones convocadas para el mes siguiente. Este giro notable auguraba, no obstante, un final. Después de un último año en el cargo, plagado de dificultades económicas y de frustraciones en la política exterior, de Gaulle dimitió, de manera inesperada, tras la derrota en un referéndum sobre la reforma del Senado y de las regiones administrativas. Confiado en la posteridad de su mito personal, al final de su vida era pesimista en lo que se refería al régimen que había fundado. El volumen final de sus memorias, publicado poco antes de su muerte, dejaba constancia de la discrepancia entre los «emocionantes imperativos de un periodo histórico», relatados en su libro *Mémoires de guerre*, y «un espíritu de la época en el que los vientos predominantes eran los de la lasitud y la mediocridad».

De la Gorce, en su primera biografía, publicada en 1964, se propuso reconciliar las dos mitades de la imagen de de Gaulle, el resistente y el gobernante, modelo de un estudio indeleble sobre la contradicción: «Un *saint-cyrien* por juramento, fue el primero en lanzar una proclama a favor de la disidencia y la revuelta. Como general, aplastó al ejército y juzgó a sus líderes. Convencido del papel universal de Francia, concedió la independencia a todas sus colonias [...]». Lacouture, que también redactó su primer ensayo biográfico cuando de Gaulle aún vivía, era más ambivalente, desgarrado entre el aprecio por el gesto disidente durante la guerra de su biografiado y el desagrado ante su nacionalismo y su autoritarismo. Dos décadas después, aunque se declaraba un «gaullista», la mirada de Lacouture se había hecho notablemente más halagadora. Para él, así como para De la Gorce, ambos periodistas de izquierdas, educados en los compromisos anticolonialistas y tercermundistas, los aspectos menos agradables de la monarquía republicana de de Gaulle tenían que sopesarse contra su disolución del imperio. Si Jackson ha revisado su propio bosquejo preliminar en sentido opuesto, lo ha hecho por los mismos motivos: el clímax sangriento de la Guerra de Argelia arroja una sombra oscura sobre el líder antaño elogiado por su decisión, aunque aún pueda invocarse al rebelde para exculpar al soberano. A *Certain Idea of France* es la vida de de Gaulle más documentada existente en cualquier idioma. Sin embargo, a pesar de su profundidad investigadora, nos traza una figura reconocible, que se parece a grandes rasgos a la que dibujó el politólogo emigrado de Harvard Stanley Hoffman hace medio siglo. Aunque Jackson se abstiene de las cavilaciones psicológicas que aventura Hoffman, ambos comparten una sensibilidad liberal, un aprecio por el estilo voluntarista de de Gaulle y están de acuerdo en la «vacuidad ideológica del gaullismo en sí mismo» o, para decirlo con las palabras de Hoffman, este era más que nada «un estilo sin demasiada sustancia». La principal debilidad de la obra de Jackson es que no proporciona ni una reconstrucción seria ni una evaluación comparativa del pensamiento estratégico de de Gaulle durante el periodo de posguerra, esto es, su comprensión del paisaje geopolítico y de los objetivos de Francia en el seno del mismo en su calidad de actor estatal independiente. Se dedican seis páginas, de un total de casi novecientas a este asunto, que Jackson entonces evalúa por su «antiamericanismo», una categoría cuyas premisas quedan sin examinar.

¿Qué queda hoy del legado de de Gaulle? Los diferentes gobiernos han rivalizado en erosionar los remanentes del Estado de bienestar y en fragmentar las empresas punteras de la industria nacional todavía existentes, imitando las tendencias anglosajonas. En el ámbito de la política exterior, el «gaullismo», que Chirac y Villepin conjuraron durante un periodo al posicionarse contra la aventura estadounidense en Iraq, quedó formalmente enterrado con la vuelta a las estructuras de mando de la OTAN. La

Quinta República, que celebró el año pasado su sexagésimo aniversario, perdura. Para Jackson, a pesar de las «características disfuncionales» de la Constitución, este es el logro más perdurable de de Gaulle, «que reconcilió a la izquierda con la autoridad y a la derecha con la democracia». Pero pueden señalarse referencias idénticas para una caracterización inversa. El poder económico y geopolítico limitado de Francia, subordinado a Berlín dentro de la Unión Europea y a Washington fuera de ella, convierte a la soberanía nacional en una parodia, mientras que el presidente francés –impotente en la escena internacional– es un ejecutor simultáneamente arrogante y sin poder, libre del control legislativo en un «sistema mixto» antidemocrático, sostenido por la desafección popular. *Trop faible pour ce qu'il a de dur*, esta herencia no es impropia de su causahabiente, cuyo nombre seguirá, no obstante, sonando como una reprimenda para sus sucesores.